

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA

Santo Tomás vivió en la España de la primera mitad del siglo XVI, una sociedad en ebullición que buscaba nuevos caminos en la especulación teológica, en la vida religiosa, en la piedad, en el apostolado... Por doquier se clamaba contra el absentismo de los obispos, los vicios del clero, los bizantinismos de la teología, el formalismo de la piedad y las lacras de los frailes. Junto a la denuncia airada de los predicadores y la ironía corrosiva de humanistas y hombres de letras, se oían también voces serenas, que proponían remedios y señalaban rumbos. Algunos, como Ignacio de Loyola, proponían metas nuevas. Otros, como Tomás de Villanueva, trataban de dar nueva vida a la tradición.

Su vida se desarrolló en tres etapas perfectamente delineadas. En la primera preparó sus armas en un hogar profundamente cristiano y en la universidad de Alcalá; en la segunda las afinó en un convento salmantino y las estrenó en su orden religiosa; y en la tercera las puso al servicio de la sociedad.

De la Mancha a Alcalá, 1486-1516

Tomás nació el año 1486 en Fuenllana, un pueblecito manchego, en el que se habían establecido sus padres a raíz de su matrimonio. Era el primogénito de Tomás García y Lucía Martínez, “de los fijosdalgo más principales de Villanueva de los Infantes” (Quevedo). Tras él llegaron cinco hermanos más: Juan Tomás, que profesó en la orden agustina el 15 de diciembre de 1528; García Castellanos, que fue el heredero; Alonso Tomás, que se dedicó a las labores del campo; Lucía, que murió joven; y otra hermana de nombre desconocido.

Su madre le inculcó una fuerte vida de piedad y sentimientos de solidaridad con los menesterosos. Tomás asimiló pronto sus enseñanzas y a menudo volvía a casa sin la merienda y sin el vestido recién estrenado. A los quince años partió para Alcalá, donde Cisneros estaba dando forma a su universidad. En el colegio franciscano de San Diego estudia Filosofía. El 7 de agosto de 1508, ya bachiller, ingresa en el recién inaugurado colegio de San Ildefonso, núcleo de la universidad. En 1509 se licencia en Filosofía y se matricula en la facultad de Teología. En 1512 fue llamado a regentar la cátedra de filosofía, que mantuvo hasta febrero de 1516, en que, tras tres años largos de clase, llegó la graduación de sus alumnos.

La estancia en Alcalá dejó en Tomás una impronta indeleble. En aquel “plantel de pastores de almas y de teólogos” adquirió una sólida formación filosófica, asimiló las nuevas corrientes teológicas, cada día más alejadas de la escolástica decadente y más abiertas a la pastoral y a las enseñanzas de la Biblia y de los Santos Padres, y se familiarizó con tendencias espirituales que aspiraban a una vivencia más pura y menos formalista del cristianismo.

Pero Tomás procuró evitar todo exceso, conservando siempre un gran aprecio por la tradición medieval, representada por santo Tomás de Aquino. El Aquinate será su guía en los campos de la filosofía y teología, aunque tampoco desdeñará la compañía del platonismo cristiano. Desde el púlpito, la cátedra y el gobierno denunciará abusos y predicará la reforma, pero una reforma que respetaba la tradición y recelaba de las novedades, sobre las que veía planear la sombra de Lutero.

En el colegio dejó fama de varón santo y de profesor prestigioso. Gómez de Castro le menciona entre sus tres catedráticos más insignes y recuerda que a él deben su formación filosófica hombres de la talla de Domingo de Soto y Hernando de Encinas. Por un apunte del libro de recepciones consta que fue castigado dos veces por pernoctar fuera del colegio.

Fraile agustino, 1516-1544

En octubre de 1516, tras ocho años de permanencia en San Ildefonso, Tomás trueca Alcalá por Salamanca. La vieja universidad le ha ofrecido una cátedra de filosofía, pero no es la gloria académica lo que le lleva a la Ciudad de Tormes. Viaja guiado por la voz de Dios que le llama a la vida religiosa en el convento de San Agustín. El 21 de noviembre toma el hábito y el 25 del mismo mes del año siguiente emite su profesión religiosa. Un año más tarde, el 18 de diciembre de 1518, se ordena de sacerdote y el día de Navidad celebra su primera misa.

Al describir estos años de su vida, Salón, su biógrafo más autorizado, le atribuye “una oración muy continua [...], mucha y muy atenta lectura de libros santos y devotos, particularmente de las obras del bienaventurado san Bernardo [...]; un recogimiento y silencio muy grande [...]; una grande resignación de su voluntad en la de sus superiores”. También subraya su austeridad, su caridad para con los enfermos, a quienes “daba de comer por su mano, les hacía la cama, les limpiaba, regalaba y servía cuanto podía”, y su laboriosidad: “jamás fue visto [...] ocioso ni en conversación con otros frailes, sino siempre o en algún santo ejercicio de caridad o encerrado en su celda”.

Tomás era ya un hombre de 33 años, con una sólida preparación humana y académica. Estaba listo para servir a los demás. En 1518, antes de su ordenación sacerdotal, explica teología en su convento. En mayo de 1519, con apenas cinco meses de sacerdocio, se le encomienda el priorato de Salamanca, “cosa muy extraordinaria y nunca vista en nuestra orden” (Salón). Y al año siguiente inicia su carrera de predicador. Tres años habían bastado para desvelar su vocación. En adelante será siempre profesor, gobernante y predicador.

El primer oficio fue el más esporádico. Sólo lo ejerció de joven y cuando quedaba libre de tareas administrativas. En sus clases, a las que concurrían “muchos estudiantes de la Universidad”, explicaba al Maestro de las Sentencias a la luz de santo Tomás de Aquino, al cual “fue muy aficionado y devoto” (Salón).

Más energías dedicó al gobierno de su provincia, de la que fue provincial, visitador y definidor, amén de prior de los conventos de Salamanca, Burgos y Valladolid. Salón dirá que “no hubo en la provincia oficio ni cosa importante ni de confianza en ella que no pasase por sus manos”. Promovió la dignidad del culto, el espíritu de oración, la paz en la comunidad, la laboriosidad y las misiones del Nuevo Mundo, a las que en su segundo trienio envió 16 religiosos. Acertó a conjugar los diversos elementos que componen el ideal agustiniano de la vida religiosa: interioridad, vida común, estudio y apostolado.

Tras la guerra de los comuneros (1519-20), que dejó graves secuelas en la provincia, le tocó juzgar al provincial. Al decir de algunos historiadores, habría actuado con excesivo rigor. En 1526 abogó por la división en dos de la provincia de Castilla. Pero cuando

vio que la realidad no respondía a sus expectativas, no dudó en promover su reagrupación, que tuvo lugar en 1541.

La predicación sería su principal ocupación hasta el fin de sus días: al principio, por obediencia; luego, porque la creía “función propia del obispo”. Su éxito fue fulminante. Estaba todavía estrenando armas en Salamanca cuando su fama “corrió por toda la ciudad con tan grande admiración y espanto de todos, como si [...] hubiera enviado nuestro Señor a predicar algún ángel del cielo” (Muñatones). Su santidad de vida, su doctrina y su libertad evangélica le granjearon la admiración de los auditorios más dispares. En el proceso de canonización se dijo que su palabra “quebrantaba los corazones y los rendía a la verdad del espíritu” y en confirmación del aserto se adujeron testimonios procedentes de sectores sociales y culturales muy diversos. Uno de sus admiradores más entusiastas fue Carlos V: “Es verdadero siervo mandado de Dios”. Para Sáinz Rodríguez fue, con Fray Luis de Granada, el mayor predicador de la España de su tiempo.

Tomás fue un predicador lleno de espíritu, tan alejado de la vana retórica de quienes sólo aspiraban a halagar los oídos, como de quienes prescindían de las enseñanzas de la retórica para atenerse únicamente a la desnudez del Evangelio. Partía siempre de la Escritura - “quien no conoce a fondo las Escrituras no debe asumir el oficio de predicar” - y no concebía a un predicador sin “santidad de vida, humilde oración y un verdadero celo de la gloria de Dios y salud de las almas”. Pero estimaba también los consejos de los preceptistas y apreciaba el “hablar casto y propio” (Salón).

Obispo de Valencia, 1544-1555

Tomás fue obispo de Valencia por voluntad de Carlos V. Él habría deseado declinar el honor, como ya lo había hecho con la sede de Granada. Pero hubo de plegarse a la voluntad de su superior religioso: “mando a V.R que [...] dentro de veinte horas acepte la provisión según y como su Majestad la tiene hecha”.

El 7 de diciembre de 1544 recibió la ordenación episcopal y el 1 de enero de 1545 ingresó en Valencia a lomos de una mula. Los once años de su episcopado vivirá “como arzobispo que no quería dejar de ser fraile” (Quevedo). A ejemplo de Agustín organizó su casa con sobriedad, sencillez y familiaridad. Él se veía como *esposo, pastor y padre* de sus fieles, a mil leguas del obispo renacentista, que a menudo era más un señor que un pastor. Su puerta estaba abierta a todos sus fieles y tenía ordenado a sus familiares que no dudaran en interrumpir su oración o su estudio: “siendo obispo, no soy mío, sino de mis ovejas” (Salón).

El cabildo le ofreció 4.000 ducados para mejorar su ajuar. Pero él los destinó para reedificar el Hospital General que se acababa de quemar: “así todos tendremos parte y gozaremos de este dinero: los pobres albergándose, yo viéndolos socorridos, y el cabildo socorriéndolos” (Quevedo).

Encontró una diócesis en crisis, víctima del absentismo de sus pastores. Durante un siglo había sido feudo de los Borgia, que la habían administrado por medio de vicarios. Era, además, una iglesia compleja, con fuertes tensiones sociales -un tercio de la población (170.000 hab.) era morisca- y un clero abundante pero sumido en la ignorancia y, a menudo, también en el vicio.

Al mes de su llegada salió a visitar la diócesis. Su impresión fue negativa. El pueblo, aunque “entero en la fe, estaba roto en su vida”. Los moriscos seguían aferrados a sus costumbres. Gran parte del clero yacía en la ignorancia y la miseria; otros eran víctimas del juego y del lujo o vagaban por las calles, entrometidos en mil tráficos; y no faltaban quienes vivían en público concubinato. Tampoco el estado de los religiosos era halagüeño.

En el sínodo diocesano de 1548 urgió la residencia de los curas en sus parroquias, impuso el traje talar, reglamentó las cuestaciones, redujo a 50 el número de días festivos y dio un fuerte impulso a la catequesis, que luego llevaría a la publicación de catecismos y confesionales. Con ello no hizo más que aplicar a su diócesis el programa que dos años antes había trazado para el concilio de Trento: residencia de los pastores, prohibición de trasladar a los obispos de una diócesis a otra, concesión de los beneficios curados a los nativos, fortalecimiento de la potestad episcopal, selección de los candidatos al estado clerical y limitación de las inmunidades eclesiásticas.

El estado del clero hería las fibras más sensibles de su corazón: “muchas veces el sacerdote es el último del pueblo en la vida y en las costumbres”. Trata de remediar su pobreza e ignorancia, y combate el absentismo, los usos simoníacos, la avaricia. Otras veces sale por su honra, corre en su ayuda con limosnas y planes laborales, cierra la cárcel de la diócesis por indigna del estado sacerdotal. “No castigaba los delitos de los eclesiásticos tanto con las cárceles y grillos como con el ejemplo” (Quevedo). El 21 de noviembre de 1550, “en memoria de la fecha en que yo recibía el hábito [...] en el monasterio de Salamanca”, fundó el Colegio de la Presentación. En él diez estudiantes pobres podrían prepararse al sacerdocio en un ambiente de estudio, recogimiento y piedad.

Las constituciones del sínodo tropezaron con la oposición frontal de los canónigos, que se parapetaban en costumbres y privilegios antiguos. Pero él, consciente de su bondad, se mantuvo firme y no tardó en quebrantar su resistencia: “¿que no consienten al sínodo y apelan al papa? Pues yo apelo al Dios del cielo” (Salón). Con la misma firmeza defendió la inmunidad eclesiástica contra injerencias de la autoridad civil. Al virrey que le conminaba el disgusto del emperador le respondió: “pesárame de desabrir a su majestad, pero advierto a V.E. (y enseñósela) que aún me acompaño de la llave de mi celda, y cada día el arzobispado me crece los deseos de retirarme a ella” (Quevedo).

Los pobres ocuparon sus mejores energías. A su casa “acudían centenares de necesitados, los propietarios, según él, de las rentas del arzobispado, de las que él era sólo tesorero. Al incalculable cuento de ducados que repartió a voleo y sin tasa a familias menesterosas y a doncellas casaderas, añadió él la recogida de niños expósitos y el sustento de sus nodrizas, la creación de un cuerpo de médicos y cirujanos que asistiesen a los miserables y la fundación de un seminario en que se educasen los futuros sacerdotes” (Tellechea Idígoras). En el lecho de muerte su principal preocupación fue deshacerse de los 5.000 pesos que quedaban en las arcas del arzobispado: “dense prisa, que no quede un real, que no me esté en casa ese dinero”.

El amor a los pobres lo asimiló con la leche materna y luego lo nutrió con ideas de noble prosapia teológica. Para él nunca fueron simples conceptos ni el destino universal de los bienes de la tierra ni la función social de las riquezas ni, mucho menos, el derecho de los

pobres a las rentas de su diócesis. Esas ideas le mueven a denunciar injusticias, a fustigar el lujo de los ricos y, sobre todo, a ser cauto en la administración y parsimonioso en los gastos. Sólo así podría ser generoso con los pobres. En su tiempo las rentas del arzobispado ascendieron de 18.000 a 30.000 ducados. La mitad los destinaba a socorrer a los pobres.

El 8 de septiembre de 1555, tras breve enfermedad, entregó su alma al Creador, mientras el celebrante consumía el Santísimo y él recitaba el versillo *in manus tuas, Domine, commendo spiritum meum* del salmo 36. Su cuerpo, enterrado en la iglesia agustiniana del Socorro, fue trasladado a la catedral de Valencia en 1658.

En 1572 aparecía la primera edición de sus sermones, precedida de una breve biografía. San Juan de Ribera incoó el proceso que condujo a su beatificación en 1618 y a su canonización en 1658. La piedad popular y el arte han asociado su nombre con la limosna a los necesitados. En 1661 el padre Ange Le Proust puso bajo su amparo la congregación hospitalaria de hermanas de Santo Tomás de Villanueva. En el siglo xx la familia agustiniana le ha declarado patrón de sus estudios.

Bibliografía

Opera Omnia, Manila 1881-97, 6 vols; *Obras de S. Tomás de V. Sermones de María y obras castellanas*, Madrid 1952; M. SALÓN, *Vida de S Tomás de V*, Valencia 1588; V. CAPÁNAGA, *Santo Tomás de V*, Madrid 1942; B. RANO, “Notas críticas sobre los 57 primeros años de S Tomás de V” , en *La Ciudad de Dios* 171 (1958) 646-718; P. JOBIT, *El obispo de los pobres*, Ávila 1965; Arturo LLIN CHACER, *Santo Tomás de Villanueva. Fidelidad evangélica y renovación eclesial*, Madrid 1996; Javier CAMPOS, *Santo Tomás de Villanueva*, El Escorial 2001 (con fuentes y bibliografía); ESTUDIO TEOLÓGICO AGUSTINIANO, *Santo Tomás de Villanueva. 450 años de su muerte*, Madrid 2005.

Ángel MARTÍNEZ CUESTA, OAR